

mias desaparecían para siempre. Hoy los historiadores británicos se felicitan (1) de la rota de los Plantagenet. Reconocen que si los reyes angevinos hubieran continuado gobernando con Inglaterra, la mitad de Francia, los ingleses, más ó menos sacrificados siempre á intereses extranjeros, se habrían visto con dificultades para constituirse en nación, y sobre todo en nación libre. Inglaterra con sus reyes disponiendo de un fuerte poderío continental no habría conquistado nunca la Gran Carta. Felipe Augusto, arrojando á los Plantagenet al mar, sirvió, no menos que al propio, al país enemigo. Las dos nacionalidades vecinas no podían prosperar y engrandecerse, en el sentido de sus destinos verdaderos, más que encerrándose en su propio cuadro natural. Durante todo el decurso de la Edad media los gobiernos de Inglaterra y de Francia desconocieron esta verdad, y el propio Felipe Augusto intentará por una singular reacción de las cosas, anexionar la Inglaterra á su reino y rehacer, en su locura, la obra de los Plantagenet.

### CAPÍTULO III

#### FELIPE AUGUSTO É INOCENCIO III

I. Ingeburga de Dinamarca y la cuestión del divorcio.—II. El rey de Francia y el papa en Alemania.—III. El proyecto de desembarque en Inglaterra y la victoria de Inocencio III.

##### I.—Ingeburga de Dinamarca y la cuestión del divorcio (2)

En la lucha contra Juan *Sin Tierra*, Felipe Augusto se había encontrado en su camino con la oposición de Inocencio III. Este papa y el rey de Francia debían querellarse más de una vez. Incidentes de la vida privada, cuestiones judiciares, financieras, guerreras ó de alta política, las causas de conflicto eran frecuentes entre los jefes de las naciones y el jefe de la Iglesia universal.

La cuestión del divorcio de Ingeburga de Dinamarca duró veinte años (1193-1213) y estuvo á punto de ocasionar una ruptura entre el rey de Francia y el Papado. El matrimonio para un príncipe como Felipe Augusto no podía ser más que un negocio. Su primera mujer, Isabel de Hainaut, con la que casó para heredar el Artois, murió á los diez y nueve años de edad. Tres años más tarde (1193) volvió á casar con una princesa danesa. Acariciaba entonces la idea de desembarcar en Inglaterra. Los reyes de Dinamarca tenían derechos, más ó menos fundados, sobre este país, y además una flota y buenos marinos á sus órdenes. Felipe pidió la mano de Ingeburga, segunda hermana del rey Canuto IV, una doncella de diez y ocho años, muy linda, muy buena y de conducta irreprochable. Quería que el danés le ayudara contra el Plantagenet. Y negándose Canuto á mezclarse en tal aventura, Felipe le exigió en dote diez mil marcos de plata. Creyó el danés que era pagar un poco

(1) Principalmente Freeman y Green.

(2) FUENTES.—La correspondencia de Inocencio III, en la *Patrologie latine*, de Migne, tomos CCXIV á CCXVII.

OBRAS DE CONSULTA.—Davidsohn, *Philipp August II von Frankreich und Ingeborg*, 1888.

caro el honor de emparentarse con un rey de Francia, pero los clérigos que servían entonces de intermediarios entre Francia y Dinamarca le hicieron ver que la alianza con Felipe Augusto le protegería contra la Alemania.

En el verano de 1193, Ingeburga se embarcó para Francia. Felipe salió al encuentro de su prometida hasta Arras y la acogió con alegría. El mismo día (14 de agosto) la condujo á Amiens, donde se celebró el matrimonio. A la mañana siguiente, en la ceremonia del coronamiento, apenas llegó la joven princesa á la presencia de su marido cuando vióse á éste temblar, palidecer y manifestar sentimientos de aversión y de repulsión. Cuando, terminado el Oficio, se retiró, ya se hablaba entre los cortesanos del divorcio. Los contemporáneos explican fácilmente este acontecimiento extraordinario: sugestión diabólica, abominable juego de sortilegio. Los historiadores modernos suponen en Ingeburga fealdades íntimas y vicios secretos, pero todos los testimonios están acordes en alabar la belleza y las virtudes de la infanta danesa. Esta extraña historia permanece misteriosa. En sus cartas á Inocencio III, Felipe Augusto imputa á Ingeburga la responsabilidad del hecho que hacía imposible entre los dos la vida común; á la afirmación de su marido ella opuso siempre una afirmación contraria. ¿Cómo pronunciarse entre ambas declaraciones categóricas?

Lo cierto es que el rey de Francia quiso instantáneamente desembarazarse de Ingeburga, devolviéndola á los daneses que la habían acompañado. Estos se negaron á recogerla; la reina misma declaró no querer seguirles, entendiendo que sostenía su derecho al conservar su rango. Felipe Augusto reunió á sus barones y obispos en Compiègne y obtuvo de la complacencia del clero una sentencia de divorcio, fundada en un parentesco lejano de Ingeburga con Isabel de Hainaut. Cuando se notificó la sentencia á la víctima, como ella desconocía la lengua francesa, dijo estas palabras en español: *Mala Francia, mala Francia. Roma, Roma*. Apelaba del juicio inicuo al tribunal del juez supremo, del defensor de todos los cristianos. Y como se obstinara en no salir de Francia, se la encerró en Beaurepaire, priorato de la abadía de Cisoing, entre Valenciennes y Douai.

El rey Canuto dirigió sus quejas á Roma y el papa Celestino III envió á Felipe carta sobre carta y legado sobre legado. Los parientes y amigos de Ingeburga opusieron una genealogía auténtica á la que habían invocado los obispos reales. Todo inútil: la misma sentencia de la Santa Sede declarando que la sentencia del divorcio era «ilegal, nula y no habida», no produjo otro efecto que hacer entrar en furia á Felipe Augusto. Cuando los embajadores daneses, protegidos de la bula pontificia, penetraron en Francia, el duque de Borgoña por orden del rey les detuvo en Dijón, les arrebató sus cartas y les encerró en Claraval.

Para hacer irrevocable el divorcio, se decidió Felipe á contraer nuevas nupcias. Hizo tentativas matrimoniales en favor de dos princesas de Alemania y de una hija del rey de Sicilia; por tres veces recibió la afrenta de una negativa. El ejemplo de Ingeburga no era tentador ni para las más ambiciosas. Finalmente pudo casar con Inés ó María de Merán, hija de un gran señor bávaro. Entonces la desdichada danesa, cuya intervención, sin

duda, se temía, fué trasladada desde su convento á una fortaleza. Pasado el peligro, Felipe la hizo conducir al monasterio de Fervaques y de allí á un convento de Soissons.

El papa Celestino murió sin haber obtenido la sumisión del rey de Francia. Su sucesor Inocencio III, apenas elegido, dirigió á Felipe una primera advertencia:

«Felipe Augusto á separarse de Inés de Merán, la concubina, la intrusa (*superinducta*), acogiendo nuevamente á Ingeburga, la mujer legítima. En caso de negativa deberían lanzar interdicto sobre el reino, y si el rey se obstinaba, herirles á él y á Inés con excomunión personal.

El interdicto fué efectivamente pronunciado por el



Inocencio III papa, copia de un fresco de Rafael

«La Santa Sede no puede dejar indefensas á mujeres perseguidas. Dios nos ha impuesto el deber de hacer entrar de nuevo en verdadero camino á todo cristiano que comete un pecado mortal y de aplicarle las penas de la disciplina eclesiástica, cuando no quisiera volver á la virtud. La dignidad real no puede estar por encima de los deberes de un cristiano, y por esto nos ha sido vedado establecer distinción alguna entre un príncipe y los demás fieles. Si, contra lo que esperamos, el rey de Francia menosprecia nuestra advertencia, nos veremos obligados, á pesar nuestro, á levantar contra él nuestra mano apostólica. Nada en el mundo será capaz de apartarnos de esta firme resolución de justicia y de derecho.» Y el nuevo papa daba por toda instrucción á sus legados orden de anular la sentencia de divorcio, llamar á juicio á los obispos que la habían dictado y obligar á

legado Pedro de Capua (1198). Pero entonces se vió hasta qué punto era grande el poder del rey sobre su clero. La mayor parte de los obispos reales, el arzobispo de Reims y los obispos de Noyón, Beauvais, Chartres, Orléans, Auxerre, Terouanne, Meaux, Laón y Troyes se negaron á publicar la sentencia. Otras iglesias no cedieron sino mucho después á las instigaciones de Roma. Las órdenes del papa eran discutidas, desaprobadas y aun, en ciertos puntos, abiertamente menospreciadas. Los que se sometieron á ellas tuvieron que habérselas con el rey. Los obispos de París y de Senlis, y multitud de clérigos, fueron maltratados y confiscados sus bienes. El rey aprovechó la ocasión para arrancar fuertes sumas á los señores de la Iglesia que tomaban partido contra él, diezmando sin piedad á sus burgueses y á sus pecheros. En cuanto á la pobre Ingeburga, fué extraída de su



monasterio y encerrada en un castillo á tres jornadas de París.

Sin embargo, Felipe no podía mantener por largo tiempo este estado de terror, ni el pueblo, en los lugares en que se observaba el interdicto, soportar la privación del servicio religioso. Al rudo soberano no le apuraba la necesidad de representar una comedia. Cuéntase que en medio de las negociaciones comenzadas para que se levantara el interdicto, había reunido á sus barones y obispos, deliberando con ellos sobre el estado de las cosas, y que todos le aconsejaron una sumisión completa. Volvióse entonces á su tío el arzobispo de Reims, Guillermo de Champaña, que había presidido el concilio en que fué dada la sentencia de divorcio. «¿Es verdad, le dijo, esto que afirma el señor papa, que la sentencia de divorcio pronunciada por vos no tiene ningún valor y es cosa de juego?» Y habiendo contestado el arzobispo que el papa tenía razón, concluyó el rey: «Entonces vos sois un necio y un aturrido por haber pronunciado un juicio tal.» Esta simulada y un poco tardía indignación no tenía otro objeto que poner al rey á cubierto y dar el pago al tribunal de Roma.

Después de nueve meses de resistencia prometió el rey todo lo que se le pedía, el repudio de Inés, la reintegración de Ingeburga, la revisión del proceso de divorcio por un concilio y la vuelta á su gracia de los obispos perseguidos. Poco tiempo después de la llegada del nuevo legado, el cardenal Octaviano, fué levantado el interdicto (8 de septiembre de 1200). Felipe, para hacer manifiesta la sinceridad de sus intenciones, instaló á Ingeburga en Saint-Leger de Iveline, en la selva de Rambouillet, casa de recreo donde con frecuencia se retiraba para cazar. Una apariencia de reconciliación tuvo lugar entre marido y mujer delante de Octaviano, y el rey consintió en encomendar la revisión del proceso á una asamblea presidida por el legado.

El concilio tuvo lugar en Soissons (mayo de 1201). Octaviano y otro cardenal, Juan de Saint-Paul, dirigían los debates. Los abogados del rey y de Ingeburga discutieron con ahinco los textos jurídicos. Esto duró quince días. El asunto estaba á pique de embrollarse, cuando un simple sacerdote, saliendo de la multitud, presentó la defensa de Ingeburga con una claridad de demostración y un calor tales, que arrebataron al auditorio. Las cosas tomaban mal cariz para Felipe, pero él supo encontrar un desenlace imprevisto. La víspera del día en que los cardenales debían pronunciar sentencia les hizo saber que se reconciliaba con su mujer y se la llevaba con él para no volver á separarse de ella. Efectivamente, fué á buscar á Ingeburga á la abadía de Nuestra Señora, la montó á la grupa en su caballo, y delante de los que la contemplaban estupefactos, partió al galope.

De esta manera eludía el juicio. Había burlado al cardenal ó le había hecho pasarse á su causa. En lugar de repudiar á Inés de Merán, la guardó á su lado bajo pretexto de embarazo, en el castillo de Poissi, mientras que la desdichada Ingeburga volvía á estar cruelmente encerrada en la prisión de Etampes. Volvió á tronar el Papado nuevamente, sin lograr nada. La muerte de Inés de Merán, acaecida en agosto de 1201, atemorizó al rey, que trató de reconciliarse con Roma, y entonces Inocencio III hizo manifiesto su amor por la paz; legitimando los dos hijos habidos en Inés, con cesión gra-

ve y precedente peligrosísimo que permitía al rey de Francia, si viniera á morir el príncipe Luis, de compleción delicadísima, legar su trono á otro hijo.

Otro cualquiera adversario habría cedido. Felipe se obstinó doblemente en sus demandas de divorcio. Las quejas dirigidas al papa por la encarcelada de Etampes se suceden cada día más agudas y conmovedoras.

«Sufro persecución, escribe, de mi señor y mi marido, Felipe, que no solamente deja de tratarme como su esposa, pero aún me hace colmar de injurias y calumnias por sus satélites. En esta cárcel no hay consuelo para mí, sino continuos é intolerables sufrimientos. Nadie se atreve á visitarme, ni á religioso alguno se le permite que venga á confortarme con el auxilio de la palabra divina. Se prohíbe á las gentes de mi tierra traerme cartas ó conversar conmigo. Mis alimentos son apenas suficientes; se me tiene huérfana aun de los auxilios médicos más necesarios á mi salud. No puedo sangrarme y temo que mi vida llegue á ponerse en peligro y que más graves enfermedades vengan á complicarse. Ni tengo bastantes vestidos, ni los que llevo son dignos de una reina. Las personas de baja condición, únicas que por voluntad del rey me dirigen la palabra, me hacen oír constantemente insultos y groserías. Finalmente, estoy encerrada en una casa de donde me está privado salir (1203).»

Inocencio III no dejó de afear en términos convenientes la conducta de Felipe Augusto. «En rigor comprendo, le escribía, que podáis excusaros, para con aquellos que ignoran el fondo de las cosas, de tratarla como vuestra mujer; pero no tiene disculpa alguna que olvidéis con ella los miramientos debidos á una reina... En el caso en que le sobreviniera alguna desgracia, ¿de qué murmuraciones no seríais objeto? Se diría que la habíais asesinado, y entonces os será imposible ni tan sólo pensar en otro enlace.»

En 1204, Felipe Augusto no había cedido aún ante las amenazas, súplicas y rigores del tribunal de Roma. Luego de haber triunfado de Juan *Sin Tierra* y cuando ya nadie en Francia se le resistía, el conquistador tornóse doblemente intratable. Se le había dejado libre de castigo antes de la victoria, ¿cómo no buscar avenencias con él después de lograrla? De 1203 á 1212 la condición de Ingeburga continuó siendo tan miserable como hasta entonces, y el rey, que la tuvo siempre lejos de él y prisionera, jamás perdió de vista el propósito tenaz de divorciarse. Fueron nueve años de interminables negociaciones entre París y Roma. Pedía Felipe que el proceso del divorcio fuera comenzado y siguiera su curso; quería determinar á su antojo las condiciones del juicio; por su parte, Inocencio se negaba á dejar comenzar el proceso en condiciones desfavorables para su protegida. Fueron necesarios prodigios de diplomacia para resistir al insistente deseo del rey ó desafiar sus cóleras. El papa tuvo que resignarse á extraños compromisos.

En documento enviado de Roma por un embajador francés, Inocencio III hace á Felipe Augusto una verdadera consulta de abogado (1207). Parece interesarse en la causa del rey, por lo menos, tanto como en la de su infortunado cliente. «Si puede obtenerse de la reina que no produzca testigos en lo que se refiere á la cuestión del parentesco, el señor Papa quedará muy holga-

do de ello; pero si quiere presentarlos, no se le podrá impedir. Tocante al embrujamiento, si el rey puede jurar por su alma que la reina no ha sido su mujer, se le creará sin dificultad, á menos que la reina se dé á jurar lo contrario. Sin embargo, cree el señor Papa que pudiera llevársela fácilmente á guardar silencio en este punto. En todo caso, si el rey teme que la sentencia que habrán de pronunciar los jueces le sea desfavorable, podrá diferirse la publicación del juicio, no se habrá hecho nada, y el rey continuará exactamente en la misma situación en que hoy se encuentra.» El documento es claro y no deja duda acerca de los procedimientos seguidos en Roma para sostener el derecho de la inocencia perseguida, sin romper, no obstante, con el perseguidor.

Este exquisito arte de sortear entrambos bandos, haciendo que las cosas se arrastraran larga y lánguidamente, no fué en todas ocasiones del gusto del rey de Francia. Un día, impaciente y contrariado, Felipe escribió este billete al legado del papa, Guala: «Sabrá vuestra dilección que el clérigo enviado por nos al papa ha vuelto ya de Roma. El señor Papa pone tantos plazos y obstáculos á nuestro asunto, que empezamos á creer que su intención no es la de satisfacernos en lo que deseamos. Como nos parece manifiesto que se resiste á libertarnos, os ordenamos por todo lo que se refiere á este asunto, y á menos que no tengáis otros en que ocuparos, que no permanezcáis un punto más en nuestra tierra (1209).» Este embajador de la Santa Sede recibía, como diríamos hoy, su pasaporte. La ruptura duró poco. En esta época de la Edad media, la monarquía francesa y el Papado podían amenazarse mutuamente, pero no se separaban nunca.

En 1210, Felipe Augusto vuelve á intentar casarse con una hija del langrave de Turingia, creyendo que este pequeño señor, encantado de tal alianza, instaría al papa para que pronunciase el divorcio. El matrimonio no tuvo lugar y el divorcio dejó de pronunciarse. Una última tentativa al lado del legado Roberto de Courçon, en 1212, para ver de poner término al eterno proceso, tampoco dió resultado. Era preciso que Felipe resolviera una cosa ú otra, ya que su situación de hombre que no puede divorciarse ni volverse á casar, era insostenible: la cuestión no tenía desenlace lógico. Pero, por incomprensible que parezca, Felipe la terminó decidiéndose á acoger nuevamente á Ingeburga. Volvía á acogerla como reina, sino como mujer (este último particular queda muy dudoso). Grande fué la alegría entre la familia real, en la Iglesia y en la nación entera. Como siempre, un interés político llevaba al rey á este cambio de rumbo imprevisto. Volvía á Ingeburga, porque volvía á su antiguo plan de desembarcar en Inglaterra, pensando esta vez hallarse en condiciones de realizarlo. Tenía todavía necesidad de la alianza con Dinamarca, y sobre todo, del apoyo de Inocencio III, que iba á antregarle la corona de Juan *Sin Tierra* (por lo menos así se lo imaginaba) y á auxiliarse y hacerle triunfar en la gigante empresa del desembarque, para la que todo estaba ya preparado.

El rey se hacía ilusiones. Pero, por lo menos esta vez Ingeburga conservó oficialmente al lado de su esposo, hasta el fin del reinado, el sitio que se le había devuelto. Después de su muerte (1223), Ingeburga vivió to-

davía quince años, tratada como reina por Luis VIII y Luis IX. En su testamento, Felipe Augusto le legaba una suma de 10.000 libras parisinas y la llamaba «su muy cara esposa» (*carissima uxori*), compensación que le tenía muy debida.

La historia de Ingeburga puede dar la medida de los progresos logrados, bajo Felipe Augusto, por la casa de los Capetos. Durante veinte años había estado desobediendo al jefe de la Iglesia en una cuestión en que manifiestamente todos los errores estaban de su parte. Los buenos tratos de que fué objeto por parte de un papa tan poderoso como Inocencio III y la misma duración de una resistencia que Felipe terminó solamente cuando le convino, por un acto espontáneo de su voluntad, son hechos harto significativos. Dan fe de su terquedad de carácter y de los temores que inspiraba. Igualmente demuestran que el Papado, armado como estaba al comenzar el siglo XIII, no supo hacer ni continuos ni muy vigorosos esfuerzos para imponer su decisión.

## II.—El rey de Francia y el papa en Alemania (1)

Felipe no dejó nunca de preocuparse por los negocios del imperio, que, dueño del reino de Arlés, desbordaba sobre las regiones de lengua francesa, tocando al Mosa, al Saona y al Ródano, atravesándolos acá y allá y amenazando ir más lejos todavía. En la lucha entre las casas de Sajonia (güelfos) y Hohenstaufen (gibelinos), su diplomacia fué un factor casi tan importante como la diplomacia romana. Su intento, al intervenir en el imperio, no era únicamente deponer á los Plantagenet, encontrando aliados contra Inglaterra ó combatiendo á los amigos del inglés. Su intención era, sobre todo, debilitar y, si era posible, anular el poder imperial que los alemanes se atribuían sobre toda la cristiandad de Occidente.

No llegó desde el primer momento á desempeñar en Alemania el papel de intermediario poderoso, capaz de sostener emperadores, de crearlos y de entrar por este motivo en competencia con los papas. Al principio de su reinado encontróse él, joven monarca de quince años, enfrente de Barbarroja, emperador sexagenario, en todo el esplendor de su poder y de su gloria. Reconoció implícitamente la soberanía imperial y se tuvo por muy dichoso impidiendo á Federico que se adhiera á la coalición de los altos barones de Flandes, Champaña y Borgoña cuando pretendieron arruinarle. Hasta logró obtener la alianza de Barbarroja contra Enrique Plantagenet, y la de Enrique VI contra Ricardo. Pero Alemania cambió rápidamente de política: aliada á los ingleses, amenazó la independencia del rey de Francia. Felizmente la ambición de Enrique VI acariciaba á la vez todas las quimeras. Esa ambición le condujo á Ita-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Scheffer-Boichorst, *Deutschland und Philipp II August*, en los «Forschungen zur deutschen Geschichte», tomo VIII, 1868. Winkelmann, *Kaiser Friedrich II*, 1889, y *Philipp von Schwaben*, 1873, tomo II. Zeller, *Histoire d'Allemagne*, tomo V, 1885. P. Fournier, *Le royaume d'Arles*, 1891. Huillard-Bréholles, introducción á la *Historia diplomatica Frederici II*, 1859. Kohler, *De Philippi Staufensis interitu ejusque causis*, 1873. L. Delisle, introducción al *Catal. des actes de Philippe-Auguste*, 1856. Schwemer, *Innocent III und die deutsche Kirche während des Thronstreites*, von 1198-1208, 1882.



lia y á Sicilia, desde donde soñó con la conquista de Constantinopla y del Oriente. Cuando el emperador atravesaba los Alpes y se hundía en el avispero de Italia, los reyes podían respirar. Enrique VI encontró allí la muerte á los treinta y dos años de edad.

Una guerra de sucesión comenzó en 1198. Se trataba de averiguar si la dignidad imperial recaería por herencia en la casa suaba de los Hohenstaufen: si el Papado permitiría á un Hohenstaufen, dueño de la Sicilia, convertirse también en rey de la Italia del Norte y soberano de Alemania entera. Tres candidatos se presentan: el hijo de Enrique VI, Federico, un niño de tres años que será más tarde el emperador Federico II, una de las figuras más originales de la Edad media; su tío el hermano de Enrique VI, Felipe de Suabia, y finalmente, el jefe de la familia sajona, Otón de Brunswick, hijo de Enrique *el León*. La elección depende de los príncipes alemanes divididos en dos fracciones casi iguales de fuerza. Los güelfos de la Alemania del Norte, que pretenden conservar al imperio su carácter electivo, se declaran por Otón de Brunswick. Los gibelinos de la Alemania del Sur, partidarios del imperio hereditario, dudan entre el hijo de Enrique VI y Felipe de Suabia; pero como evidentemente se necesita un hombre que sostenga la lucha con los güelfos, acaban pronunciándose por este último. En esta Alemania dividida, ¿quién decidirá?

Corresponde al papa inclinar la balanza. Inocencio III se niega, sin embargo, á pronunciar una sentencia inmediata. Quiere ver y deliberar. Cuando se decide á hacer pública su decisión, lo realiza bajo la forma de una consulta donde se pesan los derechos y méritos de los tres candidatos. En el fondo, el Papado, desde el primer momento, había echado por el camino que sus intereses y tradiciones le imponían. Desea que el imperio continúe con carácter electivo: quiere un emperador que no tenga pretensiones sobre la Sicilia y no pueda coger á Roma entre dos fuegos. El elegido de Inocencio es Otón de Brunswick. Y el papa pone en seguida al servicio de su protegido la fuerza inmensa de la Iglesia universal. La mayor parte del clero alemán, tan rico y señor de tales territorios, se agrupa alrededor del güelfo. Felipe de Suabia y sus partidarios, excomulgados, resisten, sin embargo, y se aprestan á la lucha. Y entonces tuvo lugar este nuevo espectáculo: la intervención de un rey de Francia en Alemania. El hijo mayor de la Iglesia, ya en querrela con su madre por la cuestión de Ingeburga, se puso, dentro mismo del Imperio, en abierta oposición con el Papado.

Felipe Augusto no podía reconocer como emperador á Otón de Brunswick, sobrino de Ricardo y Juan *Sin Tierra*, y por lo mismo enemigo de la dinastía. Su embajador, Nivelán, obispo de Soissons, va á encontrarse en Worms con Felipe de Suabia y firma con él un tratado de alianza (junio de 1198). Los dos príncipes se comprometen á defenderse contra los mismos enemigos: Otón, Juan *Sin Tierra*, el conde de Flandes y el arzobispo de Colonia, jefe eclesiástico del partido güelfo. En el preámbulo del tratado el duque de Suabia recuerda la *amistad* que «unía» á sus predecesores Barbaroja y Enrique VI con Felipe Augusto. ¡Amistad bastante intermitente, la de Enrique VI sobre todo! Pero, en diplomacia, es lícito tener parca la memoria. El rey de Francia escribe al papa invitándole á recha-

zar la candidatura de Otón, enemigo de Francia; se hace garante de los buenos sentimientos de Felipe de Suabia para con el Papado. Cuando Inocencio III notifica al rey la decisión absolutamente contraria que acaba de tomar, éste se queja y amenaza. «La injuria que me habéis hecho á mí personalmente (alusión al proceso del divorcio) he podido soportarla sin quejarme. Pero la medida que habéis resuelto tomar en favor de Otón es de tal naturaleza, que puede perjudicar á mi corona y lesionar gravemente los intereses del reino de Francia, lo que no toleraré jamás. Si perseveráis en vuestros designios, nos veremos obligados á obrar en tiempo y lugar y á defendernos como podamos.»

Tan corta y brusca es esta carta del rey de Francia como larga é insinuante la respuesta de Inocencio. «¿Cómo puede creerse que quiera causar daño á Francia, la predilecta de la Iglesia, el reino de Europa más caro á la Sede pontificia? Este Felipe de Suabia, en realidad, es un enemigo de los papas, un excomulgado. Pertenece á una raza de emperadores cuya vida no ha sido otra cosa que una larga serie de asechanzas contra la Iglesia romana. Recuérdense las crueldades cometidas por su hermano el emperador Enrique VI en Italia; aquel obispo á quien hizo matar á golpes, y á quien sus vicarios arrancaron la barba; los familiares del tribunal de Roma á quienes hizo cortar la nariz; el arzobispo de Palermo encerrado en prisión, y los eclesiásticos abrasados ó ahorcados. Nos no podemos admitir que el imperio alemán deje de ser electivo. Y finalmente, no somos Nos quien elegimos el emperador: nos limitamos á confirmar el elegido de los príncipes, á coronarlo y consagrarlo.» Y después de enumerar todas las razones que pudiera tener Felipe Augusto para unirse con Otón y abandonar á Felipe de Suabia, que quería hacerse dueño de Sicilia, unirla á Alemania y reducir al rey de Francia á la condición de vasallo, Inocencio III concluye por esta instantánea prevención: «Desconfiad de esa raza de los Hohenstaufen, no intentéis alimentar tigres, dejad caer á Felipe de Suabia que no tiene ninguna probabilidad de éxito: no es preciso que por querellas del imperio el rey de Francia y la Iglesia de Roma den al mundo el escandaloso espectáculo de la enemistad y del conflicto.»

Felipe Augusto no se convenció. Apoyó indirectamente, pero de modo muy eficaz, á su candidato el duque de Suabia, poniendo á Juan *Sin Tierra* en la imposibilidad de prestar ayuda á Otón de Brunswick. Ya se conocen los esfuerzos hechos por el papa para reconciliar á los reyes de Francia y de Inglaterra: y es que todo éxito del francés en Normandía, Anjou ó el Poitou, era una derrota manifiesta del partido güelfo. Cuando en 1206 Juan *Sin Tierra* fué vencido y desposeído de sus dominios, Felipe de Suabia triunfó visiblemente de su rival. En torno á Otón las bajas se sucedían; el mismo arzobispo de Colonia le abandonó. Inocencio III comenzó por su parte á debilitarse. Se entablaron negociaciones con el excomulgado; se deja correr la voz de que el duque de Brunswick iba á reconciliarse con su adversario. Casaría con la hija de Felipe de Suabia y se le daría como compensación el reino de Arlés. La Iglesia romana cedía delante del hecho consumado. El Hohenstaufen iba á reinar. La política de Felipe Augusto triunfaba.

Sin embargo, á medida que se afirmaba el triunfo del de Suabia, se enfriaba la amistad de su aliado el de Francia. Felipe Augusto se le querelló por haber concluido, sin consultarle, una tregua con Otón de Brunswick. Le echó en cara el proteger al duque de Lorena contra el conde de Bar, amigo de Francia: comenzaron á correr extraños rumores; el emperador parecía alegrarse de una pretendida derrota sufrida por los franceses en el Poitou. La Sicilia se quejó á su vez: Felipe Augusto no había querido prestarle 10.000 marcos y se había negado á ponerse en contradicción abierta con Roma. Las cosas fueron embrollándose. Cuando el alemán solicita una entrevista con el rey de Francia, éste se excusa bajo pretexto de no haberle manifestado con bastante claridad el objeto de esta entrevista. La alianza se deshacía poco á poco y la razón era clarísima. No entraba en los planes de Felipe Augusto que cesara la división en el Imperio, y que su aliado, dueño absoluto de Alemania, olvidara los favores recibidos. La confusión iba á convertirse en abierta hostilidad cuando el de Suabia fué asesinado en Bamberg (5 de junio de 1208).

Otón de Brunswick no tiene ya adversario, pero el rey de Francia sabe dar con uno. En vano le asegura el papa que tiene de Otón el compromiso, escrito y sellado con bula de oro, de ponerse en sus relaciones con Francia á las órdenes de la Iglesia. Trabajo perdido. Felipe se obstina en rechazar á Otón. Tiene su candidato, el duque de Brabante, uno de aquellos pequeños príncipes de Europa que el rey de Francia tomaba á sueldo (1). Dos meses después del asesinato de Felipe de Suabia, el rey de Francia y su pensionado trataban en Soissons: Enrique de Brabante sería candidato al Imperio; la Francia le adelantaba 3.000 marcos en plata para los gastos de la empresa; el duque no tendrá que devolverlos si consigue hacerse nombrar emperador. Pero la suma era menguada para tan alta empresa, y el candidato estaba todavía más falto de prestigio que de dinero. Casi toda Alemania volvió á declararse por Otón de Brunswick. La muerte de Felipe de Suabia parecía un juicio de Dios. Enrique de Brabante hizo como los demás y se dirigió á Wurzburg, en donde residía el güelfo, para protestar de su fidelidad. La diplomacia francesa estaba derrotada.

¿Qué iba á suceder si el emperador güelfo, amparado por Inocencio III y deseoso de vengarse, se entendía con su tío el rey de Inglaterra contra el monarca francés? Y está demostrado que el acuerdo tuvo lugar. Una embajada inglesa, conducida por el propio hermano de Juan, Guillermo de Salisbury, se trasladó cerca de Otón de Alemania aportándole fuertes cantidades, arrancadas por el Plantagenet á sus súbditos insulares. Cuando regresó, cumplida su misión (1209), se echó de ver que Juan *Sin Tierra* trataba á su clero con mayor suma de miramientos. ¿No podía ser esto el resultado de una armonía secreta entre la Iglesia y el Imperio? ¿Y contra qué adversario podían unirse sino contra Felipe Augusto? Este, temiendo un ataque por parte de Alemania, comenzó á tomar sus precauciones. Así se explica por qué el rey de Francia obligó á jurar al arzobispo

(1) Desde el año 1205, el duque de Brabante rendía homenaje á Felipe Augusto mediante una renta de 200 marcos, pagadera en París.

y á los burgueses de Reims que le ayudarían contra el emperador, y les prestó 4.000 libras para acabar las fortificaciones de su ciudad (diciembre de 1209); por qué exigió igual promesa de Reinaldo de Nogent y de otros castellanos de la propia región; y por qué dió por adelantado 2.000 marcos á los burgueses de Chalons-sur-Marne, á condición por parte de ellos de ponerse en estado de defensa. Era preciso prever la eventualidad de una invasión.

Otón IV pensaba tal vez en ello seriamente; pero tenía por el momento otros cuidados. Quería dirigirse á Roma en busca de la corona imperial. A pesar de la oposición de algunos nobles y algunos cardenales ganados tal vez á la causa de Francia, á pesar de las formales protestas de Felipe Augusto, fué coronado (1210).

Entonces sucedió lo que todos los precedentes debían hacer prever; lo que Felipe mismo, si hemos de creer una carta de Inocencio III, había predicho. Otón, investido de los mismos poderes, ceñido de la misma corona que los emperadores Barbaroja y Enrique VI, se asimiló rápidamente su política; hizo valer por todas partes los derechos imperiales, trató la Italia como país conquistado,

puso pie en los dominios del papa, y aun después de haber conquistado Nápoles, preparóse á apoderarse del reino de Sicilia. De esta manera el güelfo sobrepujaba á los gibelinos en deslealtad é ingratitud. Las amenazas de Inocencio III no daban resultado alguno, y fué preciso llegar á la excomunión. Felipe Augusto recibió entonces del papa este curioso comunicado: «¡Ah!, si nos hubiéramos penetrado tan acertadamente como vos del carácter de Otón, no nos habría engañado tan vilmente. Este hijo impío persigue á su madre; extiende sus manos sobre la Sicilia, no contento con haber despojado de la herencia paterna á nuestro hijo y pupilo querido (el joven Federico). ¿Quién podrá desde ahora confiar en él, ya que no nos mantiene su palabra á Nos, el Vicario de Cristo? Con vergüenza os hablamos, porque vos nos habíais dicho claramente que desconfiaríamos de un hombre semejante. Pero nos consolamos con el ejemplo de Dios, que también hubo de arrepentirse de establecer á Saúl rey de Israel.»

Al mismo tiempo el papa denuncia á Felipe Augusto las intenciones de Otón y protesta de su abnegación por Francia. «Hemos comprometido á Otón, de viva voz, á permanecer en paz con vos. Nos ha respondido con orgullo que, mientras vos ocupéis la tierra de su tío, no tendrá el derecho de levantar la cabeza sin fuborizarse, y que mientras tanto, nuestro propósito de acuerdo podía dormir en los archivos. Nos le hemos declarado en términos formales que no abandonaríamos jamás la Francia, porque tampoco ella nos ha abandonado nunca ni en la ventura ni en la desgracia.»

Ahora el papa era quien tenía necesidad del rey: Otón, excomulgado, permanecía en Italia. Inocencio acabó



Bracteado del rey Felipe de Suabia